

Diario de Málaga, El Mundo, Diario de Córdoba, El norte de Castilla...) y otros, la mayor parte, en revistas culturales (*Álbum de letras y artes, Delibros, El Urogallo, Letra internacional...*). Entre éstas sobresale *Leer* por la frecuencia con que ha dado cobijo a esos trabajos. El dato es importante porque se trata de una publicación de ya cierta larga vida para lo que suele ser habitual y que responde a unos objetivos muy definidos. Frente al carácter más minoritario, de grupo o tendencia de casi todas las revistas literarias, *Leer* obedece a un propósito de informar de una manera muy ecléctica y atractiva, pero a la vez solventa, acerca del conjunto de cuestiones que se relacionan con la institución literaria, desde las propias obras hasta, pongamos por caso, las manías de los escritores. Su meta está en salir de las restrictivas capillas de los letraheridos y alcanzar a un público amplio a través de un reportero de divulgación cualificado. Quiero decir: hecho, en general, por gente informada que trata un asunto con rigor y lo expone con claridad.

Con esa clase de singular y meritorio soporte tienen que ver la mayor parte de los artículos de González. En ellos habla de cuestiones relacionadas con las letras, con autores o con libros, y se refiere a temas literarios con sencillez, precisión, buena pluma y, a la legua se nota, entusiasmo, virtud ésta que quizás habría que colocar como signo distintivo de toda la obra. Pero, aparte esa descripción imprecisa, no resulta fácil decir a qué género pertenezcan los mencionados artículos, «crónicas», según la etiqueta que los agrupa. No les conviene, me parece, el calificativo de ensayos que les adjudica Jesús Pardo en el prólogo, porque este género requiere una andadura más sosegada, una explayarse con más minuciosidad y un relegar el detalle que no caracterizan las piezas que comentamos. Tampoco nos las habemos en sentido estricto ante reseñas o críticas de libros, en los casos en que se parte de una novedad librera, porque el autor se escapa de la práctica común del comentario bibliográfico. A veces bordea lo más estrictamente informativo, con ocasión de una noticia editorial o de efemérides referidas a algunos creadores. Pero también se desmarca, y con mucho, del relato sucinto de un acontecimiento, una visita, un encuentro...

Las formas establecidas y compartimentadas de la información cultural se desbordan, se compenetran y funden en los escritos de González porque éste cultiva

una especie de divulgación cultural —una forma muypreciada en el mundo anglosajón, pero poco corriente en el hispano— en el más noble y elogiado de los sentidos. Y, en cualquier caso, y con independencia de la proximidad a la forma externa que predomine en sus páginas, en ningún momento renuncia al aliento creativo, a la voz personal, a un impulso ensayístico, y aquí sí que el adjetivo resulta apropiado. Véase, por ejemplo, cómo despide una conversación con Günter Grass: el novelista «termina de hablar sin sobresaltos, cerrando con lentitud las hojas de su tarde de domingo gastada junto a verdes y ocres bálticos. Ningún canto triste de sapos suena en la lejanía, apenas un toque espaciado de campanas, fruto de la diligencia de algún pastor luterano, mientras coles y calabazas se secan a la vera de un canal cavado en el flanco izquierdo del Elba».

La enorme variedad de personajes y temas abordados en *La nieve en el espejo* hace difícil sintetizar su contenido en unos pocos núcleos. Podríamos acotar tres ámbitos generales: literatura extranjera, hispanoamericana y española, dentro de una evidente preferencia por lo contemporáneo y decimonónico, salvo excepciones como las de Guido Cavalcanti o Chrétien de Troyes. ¿Criterios de las preferencias del autor? Salvo el pie forzado o la incitación surgidos a raíz de un hecho editorial o de algún acontecimiento noticioso, parece guiar a González una inclinación hacia los escritores más artistas, más creadores de mundos o más atentos a la exploración verbal. Bien es cierto que sin ninguna actitud excluyente porque cerca de Kipling encontramos a Rimbaud; próximo a Antonio Gala se halla Roberto Arlt. Los nombres españoles recientes comentados (aparte otros ya clásicos como Salinas, Juan Ramón o Gerardo Diego) constituyen una indicativa guía que revela amplitud, pero también no caprichosas presencias: Vázquez Montalbán, Gabriel y Galán, Luis Mateo Díez, José María Merino, Benet, Guelbenzu, Lourdes Ortiz, Martínez Menchén, Torbado, Alfredo Conde, Francisco Nieva, Juan José Millás, Manuel Rivas, además del citado.

Lo mismo sucede con los extranjeros, que no enumeraremos por entero debido a la longitud que requeriría la lista completa. A pocas páginas de distancia se habla de Kafka, Camus, Bowles, Pessoa o Saramago. Es una pena que González no haya puesto un prefacio al libro en el que diga explícitamente algo de su concepción de la lite-

ratura, la cual sí se descubre, entre líneas, al tratar de estos o aquellos asuntos. Y que tiene que ver, de forma ineludible, pero en su caso muy matizada, con su propia condición de creador que ya ha abordado el ensayo, la poesía y la narrativa. El último de sus libros creativos, *Cuadernos de combate azul* (1993), es una novela que define bien un gusto y una intención: escritura morosa, brillante y a la vez atenta a los problemas históricos y materiales. Esa mezcla de cuidado estilístico y de preocupación moral distingue a González y en ella está el origen de la selección de artículos de este volumen. Pero no sólo en ella, ya que, siendo eso lo que más le interesa, se comprueba que los autores comentados implican una actitud de sano eclecticismo. No todos coinciden con la estética del ensayista (llamémosle así, a pesar de lo antes señalado) porque éste, en lugar de encerrarse en su escuela, se abre al campo de la literatura sin adjetivos, al de la lengua como la patria del escritor.

Observaciones finas, mundo cultural muy rico y variado, en algunos casos con ánimo proselitista, dicho en sentido positivo, son los hilos con los que Juan Manuel González teje el tapiz de la crónica cultural de un lustro largo de vida literaria en nuestro país. Hacia el final del volumen hay también algo a la vez sorprendente y curioso, un artículo, inédito, acerca de los inicios literarios de Camilo José Cela (que sigue a una afectuosa conversación con el Nobel en su residencia alcarreña). Dicho artículo, «Apunte epistolar: Cela al principio», tiene un primer y curioso valor documental porque en él González da noticia de varias cartas del autor de *Pascual Duarte*, cuando todavía era novelista secreto, dirigidas al ya casi anciano Ricardo León. Ese epistolario (que se incorpora al artículo de forma fragmentaria; hubiera sido preferible la publicación íntegra e independiente de las cartas) muestra a un Cela repleto de ímpetu juvenil, pero también lleno de incertidumbres y de agobios por el difícil futuro editorial de su primer hijo novelesco. Son cartas, aunque pocas, de subido valor emotivo, sinceras, relevantes porque dan otra imagen suya más humana.

Todo ello tiene un valor anecdótico, pues ya sabíamos las dificultades del escritor gallego para encontrar su primer editor, pero resulta muy notable el ver el tono de respeto literario con el que se dirige al autor de *Casta de hidalgos* o *Cristo en los infiernos*. No puede haber estilos

más distintos que el del Cela de los años cuarenta y el de Ricardo León. Ni tampoco parece que sean muy conciliables los gustos del propio Juan Manuel González con los de León, y, sin embargo, habla de él en términos elogiosos y admirativos, muy comprensivos hacia el modernismo tardío del escritor de anteguerra, de quien, en cambio, nada dice referente a su envaramiento de clasicidad arqueológica. Se nota que González conoce y respeta la obra de León y quizá los párrafos que le dedica en *La nieve en el espejo* constituyan incluso un adelanto de un análisis de mayor amplitud. En todo caso, es digna de subrayar esta reivindicación de León, un novelista de no poca fama antaño y de quien hoy nadie tiene la menor memoria. Puede sorprender, y a mí me sorprende mucho, esta actitud positiva de un escritor joven hacia el autor de *Alcalá de los Zegries*, pero, aunque no se comparta, demuestra lo que antes señalaba, que Juan Manuel González no practica criterios excluyentes al enfrentarse a la pluralidad de la literatura.

Santos Sanz Villanueva

Nadie conoce a nadie*

Todo el mundo sabe cuánto tiempo tarda en gestarse un niño pero pocos tienen idea de que justo el mismo tiempo tarda un cadáver en deshacerse por completo

* Juan Bonilla: *Nadie conoce a nadie*. Ediciones B. Barcelona 1996.

bajo la tierra. Esta sorprendente analogía se cuenta en el ecuador de esta novela, cuando a su desconcertado protagonista ya le ha ocurrido de todo y está flotando de espaldas por la noche en el río Guadalquivir, adonde ha sido arrojado desde el puente por una masa de costaleros furiosos. Tiene entonces esa visión que concede ecuánime los mismos meses al hacerse y deshacerse de un cuerpo, una misma alquimia para el nacimiento y la muerte. Con todo es más misteriosa la vida, aunque no responda a la pregunta de qué le pasaría a un hombre al que su espejo se le volvieran cuchillos y cada fragmento de sí mismo tuviera un filo agudo y cortante. Un espejo que se rompe, un grifo que sigue manando en un sueño después de despertar, es decir, el vaticinio de una desgracia y la extrañeza de un símbolo son el comienzo de la aventura de Simón Cárdenas. Héroe moderno, paralizado por la duda y entregado irresponsablemente a la bebida y otros tóxicos, me lo imagino con la cara de un juvenil Buster Keaton, embebido, tras la impasibilidad con que asiste al derrumbamiento del mundo, en una corriente de fantasías literarias y sentimentales, lo que en su caso es lo mismo, pues no sabe de otros sentimientos que los que conoce por la literatura. Héroe ingenioso, como Ulises, pero no en tretas ni en mañas sino en silogismos y palabrerías, tantas como para ganarse la vida componiendo crucigramas que incluyen preguntas como la siguiente: *Sé verla, allí ves Sevilla, al revés*. Respuesta: *Palíndromo*. Y aún más: *Anita la gorda lagartona no traga la droga latina*. Está claro que un personaje así, sometido a un dilema moral y expuesto al peligro, en vez de volcarse en la acción se irá a un bar a tomarse tres ginebras.

Simón es un mártir de las circunstancias, aunque no podemos por menos que sospechar que las inventa o las sueña él mismo; la peor de sus circunstancias, su monstruoso compañero de piso, Sapo, llamado así por una deformidad gutural que le hace croar constantemente, tan obeso que es descrito como un Charles Laughton joven, es, sin duda, una pesadilla. La catadura moral de este personaje, por otra parte, supera en horror a sus deformidades físicas, pues es capaz, por ejemplo, de enviar paquetes de prensa pornográfica gay a nombre de difuntos recientes con el único propósito de instalar para los restos en el asombro y el asco a sus viudas, o

quizá de confirmar las más negras sospechas, quién sabe. Semejante espanto sólo puede vivir en la imaginación, o en la potencia negativa de las mentes, como Freddy Kruger. Sapo es malvado pero Simón, como ya he dicho, es un héroe de nuestro tiempo, no comprende la naturaleza del mal; no lo ataja, lo inquiere, con una mezcla de fascinación y asombro. Para Simón la culpa es el mecanismo del mal, culpas no sólo propias sino heredadas como genes, culpas atávicas como las que se expían en Semana Santa, que ruedan en la corriente de los tiempos, como los puestos en las procesiones, de generación en generación.

No es casual que la Semana sevillana de Pasión sea el decorado de esta novela, aunque apenas es más que eso, un escenario. Por una parte es de agradecer, pues se ha gastado ya toda la pólvora del énfasis en este asunto y resulta divertido tomarlo con tanto desenfado; por otra, no hay ninguna obra literaria moderna, ésta incluida, que aborde la Semana Santa con dramatismo y verosimilitud, salvo quizás una novela de Chester Himes. A Bonilla le resulta demasiado ajena, es un extranjero en su ciudad y lo sería en cualquier otra, porque vive entre sus libros, ha sustituido el principio de realidad por el acabóse de la literatura. En medio de graves acontecimientos e inductor involuntario de no leves delitos provocados por la extraña fidelidad con que la vida imita sus relatos (ya han ardidado dos pasos en Almería), la mayor parte de su tiempo la dedica a contar e ir recogiendo cuentos, cuentos que tienen dentro otro y otro y otro, como las muñecas rusas o las cajas chinas.

Sencillamente, es imposible que se tome nada en serio, le gusta jugar demasiado con las ideas y las palabras, se ve que mataría por una paradoja. Esta palabra proviene de un antiguo género literario griego, la *paradoxa* era un centón de prodigios donde se acumulaban toda clase de noticias maravillosas y sucesos inusuales. Hay mucho de eso en esta novela, da noticia de un mundo conformado por el periodismo, cuya dependencia de lo insólito convierte lo extraordinario en norma. La realidad deviene así un agregado inorgánico de paradoja, es decir, un periódico. Se comprueba con ello que la forma más antigua de información, el rumor, es también la más persistente, aliada con esa productora ubé-